

Capítulo I. Marina. 3º ESO

A finales de la década de los setenta, Barcelona era un

espejismo de avenidas y callejones donde uno podía viajar

treinta o cuarenta años hacia el pasado con sólo cruzar el

umbral de una portería o un café. El

tiempo y la memoria, historia y ficción, se fundían en aquella

ciudad hechicera como acuarelas en la lluvia. Fue allí, al eco

de calles que ya no existen, donde catedrales y edificios

fugados de fábulas tramaron el

Capítulo I. Marina. 3º ESO

decorado de esta historia. Por entonces yo era un muchacho

de quince años que languidecía entre las paredes de un

internado con nombre de santo en las faldas de la carretera

de Vallvidrera. En aquellos días la barriada de Sarriá

conservaba aún el aspecto de pequeño pueblo varado a

orillas de una metrópolis modernista. Mi colegio se alzaba en

lo alto de una calle que trepaba desde el Paseo de la

Bonanova. Su monumental fachada sugería más un castillo

Capítulo I. Marina. 3º ESO

que una escuela. Su angulosa silueta de color arcilloso era un

rompecabezas de torreones, arcos y alas en tinieblas.

El colegio estaba rodeado por una ciudadela de jardines,

fuentes, estanques cenagosos, patios y pinares encantados.

En torno a él, edificios sombríos albergaban piscinas veladas

de vapor fantasmal, gimnasios embrujados de silencio y

capillas tenebrosas donde imágenes de santos sonreían al

reflejo de los cirios. El edificio levantaba cuatro pisos, sin

Capítulo I. Marina. 3º ESO

contar los dos sótanos y un altillo de clausura donde vivían

los pocos sacerdotes que todavía ejercían como profesores.

Las habitaciones de los internos estaban situadas a lo largo

de corredores cavernosos en el cuarto piso. Estas

interminables galerías yacían en perpetua penumbra, siempre

envueltas en un eco espectral.

Yo pasaba mis días soñando despierto en las aulas de aquel

inmenso castillo, esperando el milagro que se producía todos

Capítulo I. Marina. 3º ESO

los días a las cinco

y veinte de la tarde. A esa hora mágica, el sol vestía de oro

líquido los altos ventanales. Sonaba el timbre que anunciaba

el fin de las clases y los internos gozábamos de casi tres

horas libres antes de la cena en el gran comedor. La idea era

que ese tiempo debía estar dedicado al estudio y a la

reflexión espiritual. No recuerdo haberme entregado a

ninguna de estas nobles tareas un solo día de los que pasé

Nombre:

Fecha:

Capítulo I. Marina. 3º ESO

allí.

Aquél era mi momento favorito. Burlando el control de

portería, partía a explorar la ciudad. Me acostumbré a volver

al internado, justo a tiempo para la cena, caminando entre

viejas calles y avenidas mientras anochecía a mi alrededor.

En aquellos largos paseos experimentaba una sensación de

libertad embriagadora. Mi imaginación volaba por encima de

los edificios y se elevaba al cielo. Durante unas horas, las

Nombre:

Fecha:

Capítulo I. Marina. 3º ESO

calles de Barcelona, el internado y mi lúgubre habitación en

el cuarto piso se desvanecían. Durante unas horas, con sólo

un par de monedas en el bolsillo, era el individuo más

afortunado del universo.